

## CAPÍTULO XV

### La apoteosis

Cuando volvió en su acuerdo, Luisa se encontró en una especie de café que hacía esquina á la strada del Molo y á la calata de San Marcó. Miguel la había llevado allí á través de la muchedumbre, la cual se aglomeraba á la puerta y la miraba por las entreabiertas ventanas.

La multitud repetía las palabras del preso, exclamaba señalándola con el dedo :

— ¡Es ella la que los ha denunciado !

Al abrir los ojos, Luisa no recordaba lo que le había sucedido ; pero reconociendo el sitio en que se hallaba y viéndose objeto de la curiosidad del populacho que rodeaba el establecimiento, recobró la memoria, arrojó un grito y se tapó la cara con las manos.

— ¡ Un coche ! exclamó, ¡ un coche en nombre del cielo, Miguel, y volvamos á casa !

Nada más fácil que satisfacer este deseo : entre el teatro de San Carlos y el del Fondo había entonces, y aun hay todavía, una estación de carruajes para comodidad de los *dilettanti* que en aquella época asistían á las representaciones de las obras maestras de Cimarosa y de Paesiello, y que hoy asisten á las de Bellini, de Rossini y de Verdi. Miguel salió, y á los pocos momentos volvió con un coche cerrado que hizo aproximar á la puerta que daba á la strada del Molo ; condujo á él á Luisa en medio de los vivas y de los murmullos de los circunstantes, según que éstos eran patriotas ó realistas, y cerró la portezuela después de entrar con su hermana en el carruaje.

— ¡ Á Mergellina !

La muchedumbre se abrió para dejar paso al coche : éste atravesó el largo del Castello, tomó por la calle de Chiaia, y al cabo de un cuarto de hora se detuvo ante la casa de la Palmera.

Miguel llamó vigorosamente ; Giovanina salió á abrir.

En el rostro de la joven se notaba esa expresión de alegría que anima el semblante de los malos servidores siempre que tienen una infausta noticia que anunciar á sus amos.

— ¡ Ah ! exclamó entablando la conversación



antes que nadie le dirigiese la palabra, ¡ tengo que decir á la señora que durante su ausencia han ocurrido aquí grandes cosas !

— ¿ Aquí ? preguntó Luisa.

— Sí, señora, aquí.

— Pero, ¿ aquí, en casa, ó en Nápoles ?

— Aquí, aquí, en casa.

— ¿ Qué ha sucedido ?

— La señora debió haberme prevenido lo que habría de responder, caso que me preguntasen algo respecto al señor Andrés Backer.

— ¿ Os han interrogado respecto á Backer ?

— ¡ Y si no hubiera sido más [que eso!... pero me han prendido, me han llevado á la prefectura de policía y amenazado con la cárcel si no confesaba quién era la persona que vino anoche á hablar con la señora. Por lo visto sabían que habían venido, pero no sabían quién.

— ¿ Y habéis nombrado á Backer ?

— ¡ Toma ! tuve que hacerlo, porque maldita la gana que tenía de ir á la cárcel. El señor Backer no vino por verme á mí.

— ¡ Desgraciada ! ¿ qué habéis hecho ? dijo Luisa, dejándose caer en un sillón y tapándose la cara con las manos.

— ¿ Qué queréis que hiciera ? tuve miedo que

me probaran lo contrario y que, á pesar de mi negativa, y viendo que trataba de disimular la presencia del señor Backer, dijese las malas lenguas que era el querido de la señora, como ya empiezan á decirlo del señor Salvato.

— ¡ Oh ! ¡ Giovanina ! exclamó Miguel.

Luisa se levantó, lanzó una mirada de asombro y de reconvención á la doncella, y con voz dulce, aunque firme, le dijo :

— Giovanina, no sé qué motivo tenéis para recomendar mis bondades con tan negra ingratitud. Mañana mismo saldréis de mi casa.

— Cuando la señora guste, respondió insolentemente la doncella.

Y salió de la habitación sin dignarse volver la cara.

Luisa sintió sus ojos anegados en lágrimas, y tendió la mano á Miguel, el cual se arrodilló delante de ella.

— ¡ Oh ! ¡ Miguel ! ¡ mi querido Miguel ! murmuró sollozando.

El lazzaroni le estrechó la mano y se la besó cariñosamente ; el infeliz se hallaba tanto más conmovido cuanto que su conciencia le decía que era la causa de aquella aflicción.

— ¡ Qué noche tan triste después de un día tan



hermoso! le dijo. ¡Pobre hermanita! ¡eras tan feliz al volver de Pesto!

— ¡Oh! sí, ¡ muy feliz! ¡ muy feliz! Pero no sé qué voz secreta me dice que la parte más hermosa y más pura de mi dicha ha pasado ya. ¡Oh! ¡ Miguel! ¡ qué cosa tan horrible acaba de decir esa loca!

— Sí; pero á fin de que no repita á los demás lo que acaba de decirte, es menester que no la echés de casa. Piensa en que lo sabe todo: la herida de Salvato, el asilo que le dimos, su permanencia en la casa y tus intimidades con él. Yo bien sé que en ello no hay mal ninguno; pero el mundo mira las cosas de otra manera; y si en vez de callarse por interés de permanecer aquí, habla, aunque no sea más que por venganza, tu reputación quedará muy mal parada.

— ¡ Aunque no sea más que por venganza! Y ¿ qué motivos tiene Giovanina para vengarse de mí? Yo no le he hecho sino todo el bien que he podido.

— ¡ Bah! ¡ donosa razón! hermanita, hay seres verdaderamente malvados, á los cuales cuanto más bien se les hace, más se les ofende: hace ya tiempo que he empezado á apercibirme de que Giovanina pertenece á ese número. ¿ No lo has echado tú de ver?

Luisa miró al lazzaroni. En efecto, desde hacía algún tiempo, la conducta de su doncella le causaba no poca admiración. Más de una vez se había preguntado la causa de aquel cambio de carácter, sin poder atinar con ella. La San Felice creía haberse engañado; pero desde el momento en que Miguel reconocía también las malas disposiciones de Giovanina, era prueba evidente de que existían en realidad.

De pronto, un rayo de luz penetró en la imaginación de Luisa, la cual echó en torno suyo una mirada inquieta.

— Levántate y mira si nos escuchan, dijo á su hermano.

Miguel avanzó hacia la puerta, aunque sin tener la precaución de amortiguar el ruido de sus pasos; de modo que en el momento en que la puerta de la alcoba de Luisa se abría, se cerraba la del cuarto de Nina. ¿ Estaba escuchando la doncella, ó era efecto de la casualidad aquel abrir y cerrar de puertas simultáneo?

Miguel echó el cerrojo y volvió á sentarse á los pies de Luisa.

— Puedes hablar, le dijo. No sé positivamente si nos escuchaban; pero te aseguro que ya nadie nos escucha.



— Pues bien, dijo Luisa bajando la voz y acercándose al oído de Miguel, desde ayer acá han ocurrido dos cosas que me confirman en mis sospechas. Anoche, cuando ese pobre Andrés Backer vino á verme, sabía punto por punto cuanto ha pasado entre Salvato y yo. Esta mañana, poco antes de que nosotros llegásemos á Salerno, recibió Palmieri una carta anónima en la cual se le decía que un joven había estado esperándome la noche precedente hasta las dos y que se había retirado á las tres, después de haber tenido conmigo una entrevista de una hora. ¿Quién, sino Giovanina, puede ser el autor de esas denuncias?

— ¡ *Managgia la Madonna!* murmuró Miguel, he ahí una cosa grave. Pero de todos modos, te repito lo que antes te dije: creo que por el momento no debes despedirla, á menos de no tener completa seguridad de su traición. Otro consejo te daría; pero me temo que no quieras seguirle.

— ¿Cuál?

— Vete á Sicilia á reunirte con el caballero; de ese modo se acallarán todas las murmuraciones.

Las mejillas de Luisa se volvieron purpúreas; dejó caer la cabeza entre las manos y murmuró con voz ahogada:

— ¡ Ay! el consejo es bueno y viene de un amigo...

— ¿ Entonces?...

— Ayer podía seguirle; hoy es demasiado tarde. Y un profundo suspiro se escapó de su corazón.

Miguel miró á Luisa y lo comprendió todo: la tristeza de Nápoles confirmaba las sospechas que le había hecho concebir la alegría de Salerno.

En aquel momento, Luisa oyó pasos en el corredor de comunicación; pero eran de una persona que no trataba de disimularlos. La joven levantó la cabeza y escuchó con inquietud, porque en la situación en que se hallaba la menor cosa la conmovía.

Inmediatamente después llamaron á la puerta, y resonó la voz de la duquesa Fusco.

— ¡ Luisa! querida Luisa, ¿ estáis ahí!

— ¡ Sí, sí, entrad, entrad!

La duquesa entró; Miguel quiso levantarse, pero la mano de Luisa le obligó á permanecer en el mismo sitio.

— ¿ Qué hacéis aquí, mi bella Luisa, ex clamó la duquesa, qué hacéis aquí casi á obscuras y en compañía de vuestro hermano de leche, mientras que en mi casa os preparan un verdadero triunfo?

— ¿ Un triunfo en vuestra casa, querida Amelia?



preguntó Luisa admirada. ¿ Y por qué motivo ?

— ¡ Pues á causa de lo que acaba de pasar ! ¿ No es cierto que habéis hallado el hilo de una conspiración que nos amenazaba á todos y que al denunciarla nos habéis salvado la vida, y lo que es más, habéis salvado la patria ?

— ¡ Oh ! ¿ vos también, Amelia, exclamó Luisa dejando escapar un sollozo, vos también me creéis capaz de semejante infamia ?

— ¡ Infamia ! repitió la duquesa, cuyo ardiente patriotismo y cuyo odio á los Borbones le hacían ver las cosas por diferente prisma ; ¿ tú llamas infamia á una acción que hubiera inmortalizado á una romana de los tiempos de la República ? ¡ Ah ! ¡ si hubieras estado en casa cuando se recibió la noticia !... ¡ si hubieras visto el entusiasmo que produjo !... Monti ha improvisado versos en honor tuyo ; Cirillo y Pagano han propuesto ceñirte la corona cívica ; Cuoco, que escribe la historia de nuestra revolución, te consagrará en ella una de sus más brillantes páginas ; Pimentel anunciará mañana en su *Monitor* la deuda inmensa que Nápoles ha contraído contigo ; la duquesa Pepoli y las demás mujeres te llaman para abrazarte ; los hombres te esperan de rodillas para besarte la mano ; en cuanto á mí, siento placer y orgullo en ser tu mejor amiga. Mañana, todo Ná-

poles hablará de ti ; mañana, el pueblo napolitano te levantará altares, como Atenas á Minerva, diosa protectora de la patria.

— ¡ Oh ! ¡ fatalidad ! exclamó Luisa. ¡ Un solo día ha bastado para imprimir sobre mi frente una doble mancha ! ¡ 7 de Febrero, fecha terrible, maldita seas !

Y cayó sin sentido en brazos de la duquesa Fusco, mientras que Miguel, desesperado por la acción que había cometido y lleno de remordimientos al ver el horrible daño que había hecho á aquella á quien amaba más que á su vida, se desgarraba el pecho con las uñas.

Al día siguiente, 8 de Febrero de 1799, el artículo editorial del *Monitor partenópeo* decía en gruesos caracteres :

« Una admirable ciudadana, Luisa Molina San Felice, ha descubierto la conspiración tramada por la insensatez de unos cuantos infames, los cuales, confiando en la presencia en nuestros puertos de varios buques de la escuadra inglesa, y obrando de concierto con ella, se proponían derrocar el gobierno constituido en la noche del viernes al sábado, esto es, hoy mismo, asesinar á los patriotas y llevar á cabo una contrarrevolución.

» Los jefes de este abominable complot eran los

banqueros Backer, padre é hijo, de origen alemán y domiciliados calle Medina. Anoche fueron presos y conducidos á un calabozo. Como símbolo de su vergüenza, Andrés Backer llevaba la bandera real encontrada en su casa. También se encontraron muchas tarjetas de seguridad, las cuales debían distribuirse entre los afiliados. Todos los que no fuesen portadores de dichas tarjetas estaban destinados á morir.

» En la aduana se ha encontrado también un depósito de ciento cincuenta fusiles y gran número de sables y bayonetas.

» ¡Gloria á Luisa Molina San Felice! ¡Gloria á la salvadora de la patria! »

## CAPITULO XVI

### Los sanfedistas

El efecto que produjo la proclama de Ruffo en toda la Calabria inferior, puede compararse al de una chispa eléctrica.

El reflejo intelectual que emanaba de la moderna Partenope se hacía más débil á medida que los pueblos se hallaban más lejos de Nápoles. Cuando el cardenal puso el pie en el territorio del antiguo Brutium, de aquel asilo de esclavos fugitivos que había atravesado los siglos permaneciendo en la más completa ignorancia y en la más absoluta estagnación, todos los que la vispera habían gritado sin saber por qué: « ¡Viva la república! ¡mueran los tiranos! » se pusieron á gritar con igual brío y con el mismo conocimiento de causa: ¡Viva el rey! ¡viva la religión! ¡mueran los jacobinos! »

¡Ay de los que se mostraban indiferentes á la causa realista! ¡ay de los que no gritaban con



tanta energía como los demás! Saludábanlos inmediatamente con el grito de: « ¡Ese es un jacobino! » y en Calabria, como antes había sucedido en Nápoles, este grito era una sentencia de muerte.

Los partidarios de la revolución ó los que habían manifestado sus simpatías por los franceses, no tenían más remedio que abandonar sus hogares y huir del furor reaccionario.

Todos aquellos patriotas fugitivos tomaban el camino de la alta Calabria, y cuando conseguían escapar del puñal de los realistas, se detenían en Monteleone, en Catanzaro ó en Cotrone, únicas ciudades donde habían podido establecerse municipios y un poder democrático. La persistencia de aquellas tres poblaciones en la opinión republicana estribaba en la esperanza de que pronto llegaría el ejército francés.

Pero de los pueblos que la proclama el cardenal había sublevado salían como en procesión numerosos grupos de ciudadanos á cuya cabeza marchaban los curas de las parroquias; éstos llevaban la cruz en la mano; aquéllos una cinta blanca en el sombrero, signo visible de sus opiniones. Las bandas procedentes de la montaña se dirigían á Mileto, y á Palmi las que salían de la

llanura. Todos los hombres hábiles para el combate empuñaron las armas, no quedando en muchas ciudades y aldeas sino las mujeres, los niños y los ancianos; de tal manera, que en pocos días llegaron á reunirse en el campo de Palmi cerca de veinte mil hombres armados y otros tantos en el de Mileto. Cada combatiente llevaba consigo víveres y municiones; los ricos habían dado á los pobres, los conventos á todo el mundo.

Cinco ó seis días después de su llegada á Catona, el cardenal, que pasaba las horas muertas en su balcón, vió destacarse de la punta del faro y dirigirse hacia él una barquilla tripulada por un fraile y dos pescadores. Éstos, gracias á la frescura de la brisa que hinchaba la vela, habían abandonado los remos, y aquél, teniendo la escota en la mano, dirigía el rumbo de la barquilla, la cual abordó la playa de Catona, precisamente en el mismo sitio en que Ruffo había desembarcado pocos días antes.

Aquel fraile-marinero llamó la atención del cardenal hasta el extremo de obligarle á coger su catalejo para examinar el fenómeno; pero el fenómeno quedó explicado inmediatamente: Ruffo reconoció en aquel fraile-marinero á nuestro antiguo amigo fray Pacifico.

TOMO VI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 436. 1025 MONTERREY, MEXICO



El hermano capuchino saltó á la playa en cuanto la barca llegó á la orilla, y enderezó el paso hacia la quinta que servía de cuartel general á Su Eminencia.

El cardenal conocía á fray Pacífico de vista y de reputación: sabía que era un antiguo marinero de la fragata *Minerva*, y no ignoraba las originales circunstancias que le obligaron á cambiar el uniforme por la cogulla. Háblale también encontrado con su burro Jacobino en el palacio de Fernando, sirviendo de modelo para el nacimiento, y la voz de la fama le había llevado el relato de las proezas del belicoso capuchino durante los tres días de encarnizada lucha que precedieron á la toma de Nápoles.

Por consiguiente, Ruffo le honró haciéndole desde lejos un signo amistoso, signo que obligó al fraile á precipitar el paso; cinco minutos después se hallaba junto al cardenal y tenía el honor de besar la mano de Su Eminencia.

Expliquemos ahora á nuestros lectores la causa de que abandonase fray Pacífico su convento de San Efremo para ir al territorio calabrés.

La conspiración contrarrevolucionaria de Backer, tan imprudentemente confiada á Luisa, y tan cuerdamente denunciada por Miguel al general Cham-

pionnet, había empezado á organizarse desde fines de Diciembre, es decir, desde algunos días después de la fuga de Fernando.

Todos los hilos se hallaban anudados hacia mediados de Enero, y se buscaba á un hombre seguro que llevase la noticia al monarca.

Al efecto, se dirigieron al vicario de la iglesia del Carmine, el cual, según ya hemos dicho, formaba parte de la conspiración. Éste propuso á fray Pacífico, y su nombre fué aceptado por unanimidad. El hermano colector del convento de San Efremo, que ya era célebre en Nápoles por su manera de hacer la colecta, había alcanzado nuevo renombre en los últimos acontecimientos, renombre que no permitía poner en duda, ni por un instante, su valor y acrisolado realismo.

Propusieronle, pues, que fuera á Palermo á noticiar al rey el gigantesco complot que se tramaba en favor suyo.

Fray Pacífico aceptó con júbilo esta delicada y peligrosa misión. Su ociosidad le pesaba tanto como á Orestes su inocencia; y obligado á permanecer inactivo en medio de sus imbéciles ó cobardes compañeros de claustro, el buen hermano colector padecía verdaderos ataques de cólera, los cuales, convertidos en lluvia de garrotazos,



iban á caer sobre las costillas del pobre Jacobino.

Tan luego como estuvo al corriente de su misión, y así que el canónigo Jorio le hizo aprender de memoria lo que había de decir al rey Fernando, — á fin de que si el fraile caía en manos de los patriotas no encontrasen ningún papel que pudiera comprometer la empresa, — fray Pacífico sacó á Jacobino de la cuadra como si fuese á hacer su colecta, salió del convento con su garrote de laurel en la mano, y, unas veces á pie y otras caballero en el burro, emprendió su viaje y aquella primera noche fué á dormir á Salerno.

Con arreglo á las instrucciones que había recibido, fray Pacífico debía seguir la costa del mar Tirreno, alargando las jornadas cuanto le fuese posible, y embarcarse en la primera ocasión para Sicilia.

El fraile llegó á Pizzo al cabo de cinco ó seis días; en aquel punto vivía un tal Trenta Capelli, amigo del vicario de los Carmelitas y muy adicto á la familia de los Borbones, para el cual llevaba nuestro viajero una eficazísima carta de recomendación.

En efecto, Trenta Capelli, no sólo recibió á fray Pacífico en su propia casa, sino que también le facilitó su pasaje á Palermo, fletándole una barca.

Fray Pacífico se embarcó, pues, en Pizzo, aunque no sin recomendar muy eficazmente á su huésped

que cuidase de Jacobino hasta que él le recogiese á su regreso, á lo cual le respondió Trenta Capelli que tendría por el burro las mismas consideraciones que por su amo.

El fraile llegó felizmente á Palermo y acto continuo se dirigió al palacio real.

Pero al llegar allí supo que el rey estaba de cacería en el bosque de Ficuzza.

Entonces, anunciando que era portador de interesantes noticias, pidió que le introdujesen cerca de la reina. El nombre del mensajero no le era desconocido á Carolina, la cual mandó que inmediatamente le hiciesen entrar.

Sabiendo fray Pacífico la supremacía de la reina y la parte que tomaba en la dirección de los negocios del Estado, no vaciló ni un segundo en referirle el discurso que el canónigo Jorio le había hecho aprender de memoria.

Tan importante le pareció á la reina la noticia, que sin pérdida de momento mandó engalanar el carruaje y en compañía de Actón y del emisario fray Pacífico salió á galope para Ficuzza, á cuyo punto llegó en el mismo instante en que el rey volvía de la caza.

Su Majestad estaba de malísimo humor, á causa de que su escopeta había marrado dos veces, cosa



que en su vida no le había sucedido: una, al tirar á un jabalí; otra, al apuntar á un venado. Esto, no sólo era para el rey un accidente deplorable, sino también el peor de todos los presagios.

Fernando volvió la espalda á Actón, dió un bufido á la reina y apenas quiso oír los pormenores del complot que el buen fray Pacífico le refirió con la misma puntualidad que se los había referido á Carolina.

Al escuchar el nombre de Backer, el monarca se apaciguó un poco; pero su fisonomía se descompuso cuando el fraile mentó el canónigo Jorio.

— ¡Imbéciles! exclamó, ¡conspiran con el primer *jettatore* de Nápoles y quieren que su complot tenga buen éxito! Aprecio al vicario del Carmine, aunque no le conozco, y al príncipe de Canossa, no obstante conocerle demasiado; quiero á los Backer como á las niñas de mis ojos, pero aseguro bajo palabra de honor que no doy dos granos por sus cabezas. ¡Conspiran con Jorio! ¡preciso es que se hallen bien cansados de la vida!

La reina no tenía contra los *jettatore* la misma prevención que su augusto esposo, porque era mucho más despreocupada; pero el buen discernimiento del rey le inspiraba cierto respeto. Así es que multiplicó sus preguntas á fray Pacífico, el cual res-

pondió con la franqueza de un marino y con la confianza que presta el entusiasmo.

Según el fraile, se habían tomado todas las precauciones y nada había que temer; la conspiración no podía menos de tener un éxito feliz.

El rey, la reina y el ministro Actón se reunieron en consejo secreto, y determinaron enviar á fray Pacífico al cardenal Ruffo, á fin de que éste tuviese conocimiento de lo que pasaba en Nápoles y tratase de sacar el mejor partido posible de las cualidades guerreras y religiosas del hermano colector de San Efremero.

Por consiguiente, después de haber tenido el honor de comer á la mesa de Sus Majestades Sicilianas, fray Pacífico volvió á Palermo en compañía del rey, de la reina y del teniente general.

Allí deliberaron sobre el medio de trasladarle á Calabria lo más pronto posible: y como el fraile asistiese al consejo á fuer de parte interesada, declaró que el medio más rápido de locomoción era, en su concepto, una buena barca provista de vela latina, para las horas de viento, y de dos vigorosos remeros que bogasen en las horas de calma.

Adoptóse este parecer, y fray Pacífico recibió mil ducados para que comprase ó fletase la barca;



el resto de la suma debía guardarle para su convento, á título de gratificación.

Fray Pacífico fletó una barca por seis ducados, y antes de las doce de aquella misma noche se puso en camino.

Cuatro días después, el ligero esquife doblaba la punta del faro, y, según hemos visto, el antiguo marinero de la *Minerva* saltaba en la playa de Catona.

El fraile era portador de una carta autógrafa del rey Fernando para el cardenal Ruffo, carta concebida en los términos siguientes :

« Mi eminentísimo :

» Según podréis comprender, he recibido con la más viva satisfacción la noticia de vuestra llegada á Messina, y por consiguiente, la de vuestro feliz desembarco en Calabria.

» También he recibido el ejemplar que me mandasteis de vuestra proclama, la cual es un modelo de elocuencia guerrera y religiosa, y no dudo que pronto os valga una gran popularidad unida á un numeroso y valiente ejército.

» Os envío á uno de nuestros buenos amigos, cuyo nombre conocéis : es fray Pacífico, del convento de los capuchinos de San Efremo. Acaba de

llegar de Nápoles y nos trae buenas y malas noticias.

» Las buenas consisten en que en Nápoles piensan hacer nuevas Visperas sicilianas con esos bribones de jacobinos; las malas, en que han admitido en el seno de la conspiración á *jettatore* como el canónigo Jorio, pájaro de mal agüero que no puede menos de hacerla fracasar.

» Quiero deciros con esto, mi eminentísimo, que hoy más que nunca cuento con vos y que sólo en vos confío.

» Con su autorización y la de su superior, pongo á vuestras órdenes á fray Pacífico : ya sabéis que es un servidor adicto y valiente, y creo que os será de grande utilidad, bien para enviarle á Nápoles con alguna comisión, ó bien permaneciendo á vuestro lado.

» No abandonéis á Catona, ni entréis en Calabria, sin haberme dirigido un plan detallado de la marcha material y política que pensáis seguir. Pero lo que ante todo os recomiendo es, que no perdonéis á los culpables, y que tan pronto como su crimen os sea conocido los castigéis sin misericordia para que sirva de ejemplo á los demás. La demasiada indulgencia de que hasta ahora hemos hecho uso es la causa del deplorable estado en que hoy nos hallamos.



« Que el Señor os guarde y bendiga vuestras operaciones, como en su indignidad se lo ruega y os lo desea vuestro afectísimo.

» FERNANDO B. »

El cardenal tenía una misión que confiar á fray Pacifico, cual era enviarle á de Cesare, con orden de que su teniente viniera á reunírsele.

Las últimas noticias recibidas del falso príncipe eran en extremo satisfactorias.

Una vez reconocido como duque de Calabria por el prefecto de Bari y por las dos viejas princesas, nadie se hubiera atrevido á poner en duda su identidad.

Por consiguiente, después de haber recibido en Brindis las diputaciones de las ciudades circunvecinas, de Cesare se puso en camino para Tarento, á cuyo punto llegó á la cabeza de trescientos hombres.

Allí, el falso duque y sus compañeros, siguiendo el consejo que les habían dado Mr. de Narbona y las dos princesas, determinaron separarse. De Cesare y Bocchechiampe, esto es, el príncipe Francisco y el duque de Sajonia, permanecerían en Calabria; los otros, Corbara, Geronda, Colonna-Durazzo y

Pitta Luga, se embarcarían en el jabeque que habían fletado en Brindis, — y que debían ir á esperarlos á Tarento, — y pasarían á Corfú con el objeto de activar el arribo de la escuadra turco-rusa.

Para concluir con los últimos cinco aventureros que acabamos de nombrar, diremos que apenas habían salido del puerto cuando les dió caza y los apresó una galera tunecina.

Verdad es que el cónsul de Inglaterra los reclamó y que fueron puestos en libertad después de algunos meses de cautiverio; pero, como salieron demasiado tarde de su esclavitud para tomar parte en los acontecimientos que vamos á referir, nos contentaremos con tranquilizar á nuestros lectores respecto á su suerte, y volveremos á de Cesare y Bocchechiampe, los cuales hacían maravillas en Calabria, según se verá muy pronto.

Nuestros dos héroes se dirigieron desde Tarento á Mesagne: allí fueron recibidos con todos los honores que exigía su elevado rango. Detuviéronse un momento en aquella ciudad, restablecieron el orden en la provincia y la pusieron en estado de mantener la lucha que se preparaba en favor de la causa realista.

En Mesagne supieron que la ciudad de Oría se



había pronunciado por la república. Inmediatamente marcharon sobre ella, reclutando en el camino un centenar de hombres, y restablecieron el gobierno borbónico.

Allí acudieron nuevas diputaciones, las cuales llegaban no sólo de Lecce, de la provincia de Bari, sino de la Basilicata, situada al extremo opuesto de la Calabria. De Cesare recibía á los diputados con su acostumbrada dignidad, sin perjuicio de manifestarles afectuoso reconocimiento. Deciales á todos que era preciso que todos los fieles súbditos del rey tomasen las armas para combatir la revolución, y el resultado de aquellas amables recepciones y de aquellos elocuentes discursos era un considerable y progresivo aumento de voluntarios.

Pero las cosas no debían marchar siempre por tan fácil sendero. En Francavilla hubo tiros y cuchilladas en abundancia: los realistas, que eran los más fuertes, mataron ó hirieron á algunos demócratas; pero llegaron de Cesare y Bocchechiampe, y preciso nos es decir que su llegada puso término á los asesinatos.

Tenemos á la vista una proclama de Cesare, firmada *Francisco, duque de Calabria*, en la cual decía el falso príncipe, denunciándose por sus

humanitarios sentimientos, « que hacerse justicia uno mismo era usurpar los derechos de la justicia real; que era menester dejar á los magistrados la terrible responsabilidad de la vida y de la muerte, y que Su Alteza tenía un profundo disgusto cuando veía á los realistas entregarse á semejantes excesos. »

No dejaba de ser bastante imprudente el tono conciliador y humanitario del falso príncipe, cuando el rey recomendaba á Ruffo el total exterminio de la raza jacobina.

En Nápoles, le habrían reconocido inmediatamente por un aventurero; pero en Calabria continuó representando su papel de príncipe, no obstante aquella imprudente piedad.

Después de permanecer dos días en Francavilla, de Cesare y Bocchechiampe se dirigieron á Ostuni, cuyo pueblo encontraron en la más completa anarquía. El partido realista, envalentonado con la noticia de su presencia en el país, se había apoderado á viva fuerza de la autoridad y había querido asesinar, con toda su familia, á uno de los patriotas más conocidos y más inteligentes de la comarca.

Aquel patriota, médico de talento y hombre de gran corazón, se llamaba Airoldi.

Viendo el inevitable peligro que corrían él y su



familia, determinó sacrificarse en obsequio de los suyos.

Al efecto se encerró en su casa, atrincheró la entrada principal, y mientras se disponía á defenderla hasta el último trance, hizo salir á su mujer y á sus hijos por una puerta abandonada desde hacía mucho tiempo, que se abría sobre una callejuela desierta.

Los realistas atacaron entonces la fachada principal del edificio, tras de la cual se había atrincherado Airoidi.

En el momento en que la puerta cedía, disparó dos tiros contra los agresores, á fin de atraer sobre sí la cólera de sus enemigos: dos hombres cayeron á tierra, uno herido y otro muerto.

En seguida arrojó su escopeta y se entregó á sus verdugos.

Éstos habían preparado una pila de leña para quemarle con su mujer y con sus hijos; pero, con harta sentimiento suyo, tuvieron que contentarse con una víctima.

Atáronle de pies y manos, le arrojaron á la hoguera y le quemaron á fuego lento.

De Cesare y Bocchechiampe recibieron aviso de lo que estaba pasando y pusieron sus caballos á

galope; pero, á pesar de su diligencia, llegaron demasiado tarde.

El doctor acababa de expirar.

Sin embargo, su llegada á Ostuni detuvo la efusión de sangre y puso fin á los asesinatos.

Fray Pacífico encontró á de Cesare y á su compañero en la plaza de Ostuni, no lejos de la hoguera donde acababa de ser quemado el doctor Airoidi. Nuestros aventureros se ocupaban en recibir las diputaciones que no solamente venían á rendirles homenaje, sino también á pedirles socorro. Lecce se hallaba dividida en dos partidos y el más fuerte era el republicano. Tarento y Martina se encontraban en igual situación; Aquaviva se había *democratizado* hasta el fanatismo, y los habitantes de Altamura habían hecho juramento de morir bajo las ruinas de la ciudad antes que volver á la dominación de los Borbones. Consideradas las cosas bajo su verdadero punto de vista, no todo eran flores, ni el éxito se presentaba tan fácil como en un principio se había creído.

Fray Pacífico esperó á que el falso príncipe recibiese las tres ó cuatro diputaciones que le aguardaban, y entonces anunció que venía de parte del vicario general.

Estas palabras hicieron palidecer á de Cesare,



el cual miró á Bocchechiampe; en su concepto, el vicario general no podía ser otro que el príncipe Francisco.

La humildad del mensajero nada probaba. El mismo de Cesare había mandado muchas veces sus despachos ó sus órdenes por conducto de frailes de baja estofa; en la Italia meridional, el fraile es bien recibido en todas partes, cualquiera que sea el hábito que le cubra, pero mucho más si ha hecho voto de pobreza y pertenece á alguna orden mendicante.

— ¿Quién es ese vicario general? preguntó de Cesare, creyendo saber de antemano la respuesta que iba á recibir.

— Ese vicario general, respondió fray Pacífico, es Su Eminencia el cardenal Ruffo, y aquí está el despacho que me ha encargado entregar á V. A.

La inquietud del falso duque aumentaba por grados.

— Monseñor, dijo Bocchechiampe, puesto que esa carta viene dirigida á V. A., ábridla y veamos lo que os dice.

En efecto, el sobre de la carta decía:

« Á Su Alteza real el duque de Calabria. »

De Cesare la abrió y leyó lo siguiente:

« Monseñor:

» Vuestro augusto padre, S. M. Fernando (que Dios guarde), me ha hecho el honor de nombrarme su teniente, con el encargo de reconquistar su reino de tierra firme, invadido á la vez por los jacobinos franceses y por sus nocivos principios.

» Habiendo sabido en Palermo y en Messina (y sobre todo, á mi llegada á Calabria en cuyas costas desembarqué el 8 del corriente) la atrevida empresa que V. A. había acometido y la manera milagrosa como Dios ha secundado sus laudables esfuerzos, envió á V. A. uno de nuestros más decididos y ardientes partidarios para decirle, que habiéndose dignado el rey vuestro padre (que Dios guarde) gracias á la gran confianza que en mí tiene, poner á V. A. bajo mis órdenes, á pesar del rango supremo que estáis destinado á ocupar, tengo el honor de suplicar á V. A. que tan pronto como haya asegurado la tranquilidad de las provincias donde hoy se encuentra, venga á reunirse con los voluntarios, armas y municiones que tuviere, á fin de que marchemos juntos sobre Nápoles, donde únicamente conseguiremos cortar las siete cabezas de la hidra.

» Sin perjuicio de dejar á V. A. dueño de elegir



la época que crea más oportuna para venir á incorporarse conmigo, me permitiré hacerle observar que cuanto antes lo haga será mucho mejor.

» Tengo el honor de ofrecerme, con el debido respeto,

» De Vuestra Alteza real,

» Humilde servidor y súbdito,

» El cardenal RUFFO. »

Dentro de esta carta habia un papelito suelto con las siguientes líneas, trazadas en letra muy pequeña :

« Capitán de Cesare: el rey conoce vuestra adhesión y vuestros servicios y los aprueba de igual modo que los de vuestros compañeros. El día que vengáis á reuniros conmigo abdicaréis vuestro título de príncipe ; pero tendréis á mi lado el rango de brigadier.

» Mientras, sed para todo el mundo el príncipe heredero, y que Dios os guarde ni más ni menos que si lo fueseis en realidad.

» El portador de este billete, aunque adicto á nuestra causa, no sabe una palabra de la superchería; paréceme de suma importancia, caso que tratéis de enviarle á Nápoles, que vuelva en la creencia de que sois el verdadero duque de Calabria. »

De Cesare leyó la carta y el billete con toda la atención que exigía su interesante contenido ; en seguida entregó ambas epístolas á Bocchechiampe : mientras éste las pasaba por la vista, el hermano colector, creyendo que el aventurero corso era el verdadero príncipe, se mantenía á respetuosa distancia, esperando órdenes.

— ¿ Sabéis leer, amigo mío ? le preguntó Bocchechiampe así que hubo pasado por la vista las dos cartas y devuelto á de Cesare el billete particular, incluso en el despacho.

— Sí, por la gracia de Dios, respondió fray Pacifico.

— Pues entonces, como Su Alteza no tiene secretos para un servidor tan adicto como vos parecéis serlo, y como deseo que conozcáis el ventajoso concepto que merecéis á S. E. el cardenal Ruffo, os autoriza para que leáis esta carta.

Fray Pacifico, inclinándose hasta el suelo, recibió la carta de manos del falso duque de Sajonia y la leyó á su vez. Hecho lo cual se inclinó de nuevo, como dando las gracias, y la devolvió al pretendido príncipe.

— Y bien, dijo éste; con arreglo á las instrucciones del cardenal, vamos á concluir de restablecer la autoridad del monarca en las ciudades que



han olvidado sus deberes y que se resisten al poder real, y en seguida iremos á ponernos á las órdenes de Su Eminencia.

— Y á mí, monseñor, dijo fray Pacífico irguiéndose cuan alto era, en la confianza del hombre que sabe lo útiles que pueden ser sus servicios si los emplea convenientemente, ¿en qué pensáis ocuparme?

Los dos jóvenes cambiaron una mirada, y volviéndose hacia el hermano colector:

— Necesitamos un emisario hábil y valiente, le dijeron, que nos preceda en Tarento y en Martina; y que, introduciéndose en esas dos ciudades, distribuya en ellas nuestras proclamas.

— ¡Pues aquí estoy yo! dijo fray Pacífico, golpeando el suelo con su bastón de laurel. ¡ Ah! ¡ si tuviera á Jacobino!

De Cesare y Bocchechiampe ignoraban quién era Jacobino; pero el fraile les explicó que era su burro, el cual había dejado en Pizzo al embarcarse para Sicilia.

Fray Pacífico partió aquella misma noche para Martina, llevando una carga de proclamas tan grande como la que hubiera podido caber en los serones del rucio.

## CAPÍTULO XVII

### En que el falso duque de Calabria hace lo que hubiera debido hacer el verdadero

Puesto en camino fray Pacífico, la suerte estaba echada, y los dos jóvenes se preguntaron cómo iban á gobernarse caso que las dos ciudades resistieran.

Verdad es que tenían una especie de ejército; pero también lo es que aquel ejército, armado de cuchillos y de malas escopetas, y falto de cañones y de tren de batir, era completamente inútil ante los muros de una plaza fuerte.

En aquel momento anunciaron á Su Alteza que un tal Juan Bautista Petrucci, que se decía portador de noticias de la mayor importancia, solicitaba una audiencia, añadiendo que si las ocupaciones del príncipe no le permitían recibirle, deseaba que á lo menos le recibiera el señor duque de Sajonia.

Menester era que las noticias fuesen bien interesantes para que el mensajero se atreviera á molestar